



de sufrir: héroes y mártires de ambas milicias se encuentran en la historia ensalzados a la par, y respetados y glorificados por las más remotas generaciones. Pero aunque no se exige hoy del soldado tanto como se exige del sacerdote, algo se exige; y es solamente que no se haga de los límites que trazan la ordenanza militar y las costumbres modernas, más nuevas hoy que en lo antiguo; que no abuse de la fuerza depositada en sus manos; por último, que deje expedita la acción del poder civil, verdaderamente el corazón de la sociedad, auxiliándole con su fuerte brazo en sus justas demandas, y no contraviniendo en manera alguna sus órdenes más o menos acertadas.

La historia antigua, la moderna y la contemporánea nos presentan testimonios irrecusables de cuanto llevamos expuesto, y nos prueban con una evidencia irresistible, que la influencia militar en los negocios de Estado, es la causa evidente de la decadencia y ruina de los imperios. Ligeros apuntes sobre las temibles huestes pretorianas, y observaciones sobre lo que ha ocurrido en nuestra España desde el año de 1807, que con tímidos vamos a exponer, convencerán al más incrédulo, y demostrarán a los hombres políticos lo engañados que andan, cuando en sus cultas se ven, en acudir pidiendo auxilio al brazo militar, celebrando con él un contrato que de seguro rompe el más fuerte, convirtiéndolo en su provecho, cual el león de la fábula, los esfuerzos mancomunados de los contratantes.

II.

Admiran ciertamente hoy al diligente y curioso investigador de los pueblos antiguos las costumbres y leyes del pueblo romano, la vasta extensión de su territorio, el poder invencible de sus armas, el mecanismo de sus ejércitos, y la constancia con que la fortuna por tantos siglos acompañó sus vencedoras águilas. Y primero y principalmente hay que atribuir tanta prosperidad a la disciplina y virtudes de aquel estado militar, que ni tuvo superior entonces, ni después, ni siquiera igual, por más que a porfía los guerreros modernos hayan procurado imitar la organización de aquellas tropas, las enseñanzas que las guiaban, y copiado las arengas que con entusiasmo las alentaban. No era en Roma una profesión aparte el ser soldado. Todo ciudadano tenía el deber y el derecho de defender la república, y de acrecentar su gloria, exponiendo su vida todos los instantes, obedeciendo, sin discutir, el más insignificante de los mandatos de sus magistrados.

No había, pues, en Roma en sus buenos tiempos, pueblo y ejército; ni esa línea divisoria que, creando un antagonismo perdurable, hace creer al militar que es de otra especie que el ciudadano, y superior a él bajo muchos conceptos: existía en aquella bien ordenada república; ni el soldado ni el general influían en las deliberaciones del Senado; ni en las del pueblo, conducidos el uno y el otro por sus magistrados, sus oradores y sus jurisconsultos. Los servicios prestados a la patria se premiaban con los cargos y destinos públicos; pero las elecciones eran libres cuanto pueden serlo, y en ninguna ocasión, esto es, en los buenos tiempos de la república, la espada del general caía en la balanza para neutralizar el peso de la virtud y coartar el libre albedrío de los electores.

El poder militar de Roma era civil, si nos es lícito usar de esta expresión, cuyos términos parece que se excluyen; y lo era ciertamente, en cuanto los militares no formaban una clase aparte del Estado, y en cuanto los generales o caudillos que mandaban aquellas invencibles legiones no daban a aquellas escuelas especiales, con educación propia y exclusiva, con conocimientos y estudios solo de ellos poseídos. Los cónsules, los dictadores, los proconsules, eran generales; y estas altas magistraturas se conferían a eminentes jurisconsultos, a abogados de gran fama, y a distinguidos oradores: más de una vez ocurrió el dejar la espada para sentarse en la silla curul, ó entregar la defensa de numerosos clientelas al más aventajado discípulo, y al triunfar al frente de las legiones en las Gallias, en la Germania ó en Africa, Cicerón fué general, y venció y triunfó; y César, el modelo al mismo tiempo que el tormento de los generales modernos, no era más que un abogado, a quien la Providencia había favorecido con las más sobresalientes dotes para orador, jurisconsulto, general y conquistador.

Pero con la revolución que dió término a la república y comienzo al imperio, todo varió de aspecto; el soldado, aunque muy fresca todavía la memoria de la libertad, no era el ciudadano antiguo de Roma, era el estirpe de esclavos; y aun cuando en los tiempos de Augusto no se había consumado, al menos en la forma, la revolución, entonces se echaron los cimientos, y tuvo origen una institución, a cuya imagen se modeló después todo el ejército. Augusto instituyó la guardia pretoriana, tan célebre después en los fastos del imperio romano, con el objeto de tener a sus órdenes una fuerza numerosa que, defendiendo su persona, mantuviese a raya al mismo tiempo los elementos antiguos, los cuales, en caso de disensiones pudieran todavía disputar en su orgullo la palma de triunfo a las recientes novedades. Concedidos paga doble, y superiores prerrogativas y privilegios que al común de las tropas; dispuso que hasta entonces componían su guardia, parte española, parte germana. La nueva fuerza ascendía a 10,000 hombres, bajo el mando de dos prefectos, que se llamaron del pretorio, nombres del orden cenestre; los cuales, a contar desde el reinado de Claudio, tuvieron aumento considerable de prerrogativas, y entre ellas, como la principal, la de ejercer el mero y misto imperio, ó sea toda clase de jurisdicción civil y criminal.

Augusto, aunque grande, siempre artificioso y desconfiado, no permitió que el cuerpo de pretorianos residiese en Roma; antes al contrario, temiéndole que aquel aparato formidable, intimidando ó irritando a los ciudadanos, les hiciese prorompir en quejas contra su autoridad, no permitió más que a tres cohortes la reunión en la ciudad, disminuyendo las restantes en los lugares circunvecinos. Tiberio, ya más dueño del poder creado por su antecesor, después de cincuenta años de paz y de servidumbre, osó con fortuna arrojar la máscara con que Augusto había destruido la república; y reunió los pretorianos en Roma, en un campo sitiado, de tal manera situado, que dominaba toda la ciudad, aunque siempre con el pretexto de libertar a Italia de la carga de las cuarteles, y estrechar y guardar con más rigor la disciplina militar.

Los pretorianos instituidos por los emperadores, fueron los más grandes enemigos de los emperadores; la institución que debía servir para consolidar la tiranía, sirvió para destruirla, castigando a veces a los que de ella usaban con tanta osadía como crueldad. La tiranía no puede ejercerse por mucho tiempo, sino al abrigo y bajo el amparo del misterio que producen las grandes distancias, ó cualquier otro medio de incomunicación; pero cuando se ve de cerca al tirano, cuando se conocen sus pasiones y sus debilidades, entonces la admiración cede su puesto al desprecio; y los que debían sustentar la máquina, son los primeros en hacerla añicos, sea independencia varonil, sea proyecto codicioso para elevar otra vez su cuenta.

Así aconteció en Roma. Los mismos emperadores que se afanaron en sus protecciones a conocer la debilidad del gobierno, y el secreto de la fuerza que las cohortes poseían; se acobardaron a la púrpura; y fundados en la admiración que el púrpura infundía, y temiendo que Senado, emperador, tesoro público, todo estaba entre sus manos, todo dependía de su buen placer. Los sobornos, a quienes no se ocultaron los síntomas expresados, acudieron a poner el suficiente correctivo al mal que apenas empezado, hacía visibles progresos, y

castigaron con severidad, y premiaron con liberalidad, atentados, ó favores dudosos, que más convencieron a los pretorianos de la fuerza que mandaban, hasta el punto de crecer superiores al emperador. Desde los tiempos de Claudio recibieron su estipendio, y por cierto bien crecido, y al advenimiento al trono de cada príncipe, lo exigieron, no como merced graciosa, sino como indeclinable derecho.

Como no hay abuso que no se justifique, ni usurpación que no pretenda ser legítima, decían que habiendo en lo antiguo pertenecido el nombramiento de los magistrados al pueblo, ellos hoy eran el pueblo, soldados educados para el mantenimiento de la tranquilidad pública, hijos de Italia y de sus principales familias, y no la población de Roma, compuesta de extranjeros y de esclavos, los unos y los otros envilecidos y miserables, tan incapaces de manejar las armas como de tomar una parte activa en los negocios de la república. Tan especioso y falso pretexto se ve confirmado por las palabras de los emperadores, y notablemente por las de Othon, cuando llama a los milicianos de aquella temible tropa *Italiae alumni, romanae vere juvenis*; y en momentos bien críticos pronunció las tales palabras, pues nada menos querían los pretorianos que asesinar a todos los senadores, difundiéndose con manía que estos a su vez armaban sus esclavos para dar cuenta del emperador. Con larguezas, nuevas promesas y palabras seductoras, se aplacó el tumulto, que asustó a los habitantes de Roma, a merced ya de sus terribles guardadores.

Pero nada basta a una soldadesca desenfrenada, ni una vez rotos los vínculos de la obediencia, es fácil contener los malos instintos de las turbas armadas. A los tres días de la elección de Pertinax, arrebatados por la ganancia no había sido tal cual ellos esperaban, quisieron elegir nuevo príncipe, y se apoderaron por sorpresa de un senador que hubiera infaliblemente sido elegido emperador, a no declinar el interesado tan peligroso honor por medio de la fuga, que puso en ejecución, cogiéndose al mismo Pertinax como a puerto seguro. Habiéndoles salido mal esta tentativa, maquinaron otra, con el cónsul nombrado para aquel año, el cual, a una ambición desordenada de riquezas y honores, unía los méritos de tener en su familia fáciles abusos.

También abortó el plan; y los pretorianos, cada vez más irritados con la poca fortuna que acompañaba a sus empresas, por tercera vez se lanzaron a la revuelta, y ya en abierta rebelión, los soldados, sin oír la voz de sus jefes, penetraron en el palacio del emperador: contentos algunos instantes por la presencia de la víctima que iban a inocular, la mala situación en que se encontraban reanimó su furor, y creyéndose sin perdón, pasaron atrevidos las manos en el objeto de su odio, dándole muerte cruel. Pasaron en triunfo por las calles de Roma aquel sagrado trofeo; el pueblo los miró indignado, pero sumiso; ¡a tal grado había llegado su cobarda bajeza! ¡a tal altura la audacia militar!

Ya en el campo los pretorianos en abierta sedición, que en vano pretendieron calmar algunos centuriones, en fuga Lectus, autor del escándalo, muerto Pertinax, su cabeza profanada y enhiesta en una lanza paseada en triunfo, ocurriósele a Sulpiciano, gobernador de Roma, pretender la púrpura imperial, sofocando su descomposta ambición la gratitud que al desgraciado príncipe debía, y el horror que le inspiraba desatado tan criminal. Comenzaron los tratos; puso el pretendiente en juego los únicos argumentos capaces de convencer a aquellos soldados sedientos de sangre y de riquezas; pero no era bastante rico Sulpiciano para comprar el imperio a los que no querían regalárselo, ni venderlo barato: en tales momentos ocurriéndose a los pretorianos el medio fácil de sacar más ganancia: sacar a subasta la dignidad; la preguntaron en el campo, como si fuera cualquiera otra mercancía; así quien más dió, el gobierno de Roma; al mejor postor, el imperio del mundo. Y he aquí cómo llegó aquel pueblo, vencedor de tantos reyes y de tantas naciones, al último grado de probrío y de miseria posibles. En aquel momento quedó la humanidad vengada de la altivez e injusticia de sus dominadores; desde aquel instante la causa de Augusto se consideró perdida. El mismo emperador que dió vida a aquel tan gigante imperio, cuyos límites apenas eran conocidos, cuya vista abarcaba un tan grande espacio, a quien los contemporáneos miraron como a un dios, y la posteridad con admiración y envidia, no llegó a conocer que al lado de su magnífica obra, dentro del mismo colosal monumento, colocabá la mano que debía destruirlo, y que en vez de procurar su acrecentamiento y gloria, sería la causa principal de su ruina. En efecto, la guardia pretoriana contribuyó poderosamente a la decadencia y caída del imperio romano.

Juliano fué el mejor postor: senador opulento y veloso, dió a cada pretoriano 6,250 dracmas, ó lo que en lo mismo, 20,000 rs. de nuestra moneda; y mediante tan cuantioso precio, fué adjudicado el imperio. Los soldados le despreciaban aclamando: ¡por las calles de la ciudad desierta! el Senado, obedeciendo a la fuerza, se reunió y admitió al intruso.

El descontento fué general, la villana codicia de los soldados irritó a los habitantes de Roma; el rumor, precursor de nuevos trastornos y mayores desgracias. El pueblo sin religión invocó a los dioses; el pueblo sin valor pidió auxilio a las legiones de las provincias. No se hicieron estas sordas a tantos clamores; nada menos que tres pretendientes salieron de su seno. Los ejércitos de Bretaña, de Siria y de la Iliria, tuvieron su respectivo emperador, y a todos venció Septimio Severo, merced a cuantiosas dádivas, y a la rápida marcha al frente de sus tropas, pasando los Alpes Julianos, y sorprendiendo en Roma al imbécil emperador y a los afeminados pretorianos. Recibieron estos el castigo de su culpa; desarmados y desterrados de Roma, ni tuvieron aliento para defenderse, ni creyeron aplacar la cólera del vencedor de otra manera que asesinando cobardemente al que pocos días antes habían elevado a la dignidad imperial sobre su pavesa.

Pero las legiones de la Iliria fueron ahora los pretorianos; sus soldados los dueños de Roma, de Italia y del imperio; el mal había echado hondas raíces: el poder militar se enseñoreaba triunfante, sin que ninguna autoridad osara reñir sus impetus, ni contener su irresistible empuje. Los tribunos, los centuriones no eran obedecidos; los soldados, dados a la molice, no podían ya manejar las armas, ni se ocupaban más que de gastar el caudal que la liberalidad del emperador les daba, en banquetes y fiestas, acompañados de mujeres, y ornados con presas de valor y vanos afites. Septimio Severo, cuyo nombre aplaude hoy la historia, y cuya conducta no deslustró el brillo de la magestad, fué, sin embargo, impotente para restablecer la disciplina militar. A pasos agigantados caminaba aquella sociedad a su más completa disolución, siendo el brazo militar el primero que dió el ejemplo del monoprecio de todas las virtudes y del olvido de todos los deberes.

Visto el estado de descomposición que habían llegado los ejércitos, creyó el emperador que podría atajar la progresión del mal, instituyendo otra vez la milicia del pretorio, aumentando su número y exigiendo nuevas cualidades a los soldados. Con este objeto reclutó 50,000 hombres de las legiones del imperio, los más valientes, los más ágiles, los más honrados de todos los soldados. A su prefecto le fué concedida una facultad discrecional en los negocios de la república, de manera que era la segunda persona del imperio, y a veces su poder mayor, su autoridad más respetada que la del sumo imperante. Coincidió esta reforma con

la del Senado y con otras de grave trascendencia: el lujo y la molice afeminaron por completo la virilidad de los romanos, y la bajeza y servidumbre de los jurisconsultos coronaron el edificio de la tiranía, que con astucia y paciencia supo Severo llevar a buca término.

La jurisdicción, aliada con el trono, sembró de rosas el camino de los tiranos, y los honores concedidos a Papiniano, Paulo y Ulpiano, convencieron al mundo que la obediencia pasiva era una necesidad; que la libertad produce más males que bienes; que el poder imperial no era una simple delegación; que el Senado había abdicado en el emperador todos sus derechos, preparando de esta suerte el campo a las doctrinas políticas de siglos posteriores, encomiadoras y protectoras del despotismo.

Caracalla fué el amigo más decidido del ejército, y por esto se distinguió de todos los emperadores más afectos al estado militar. «Teniendo contento al soldado, decía, importa poco el disgusto de los súbditos.» ¿Quién le había de decir que un soldado le daría muerte, y que en balde debía gastar los tesoros del mundo para conquistar las buenas voluntades de la gente armada? Su sucesor, elevado a la alta dignidad por los soldados, perdió a sus manos el reino y la vida. Otro tanto sucedió al tirano Helio-gábalo, nombrado por los pretorianos emperador, y por ellos destituido y muerto, y odiada su memoria, y condenada por el Senado a infamia perpetua; sentencia aprobada y ratificada como justa por la posteridad.

Era Ulpiano, el sabio y virtuoso jurisconsulto, prefecto del pretorio; la reforma intentada por tan ilustre ministro, que posaba toda la confianza del emperador, fué causa de su muerte; y el deseo de mejorar la disciplina, disminuyendo la enorme paga y las espléndidas gratificaciones, la señal de una revolución en Roma y del incendio de la ciudad. La muerte de Alejandro, causada por los pretorianos, atrajo sobre el mundo la tiranía insostenible de Maximino, disputada por las legiones de Africa y seguida de la guerra civil, y por último, de la muerte del mismo, llevada a cabo por los pretorianos, fué el precursor de la sentencia que contra el tirano fulminó el Senado. Unos á otros se sucedieron los asesinos de los emperadores: los pretorianos, ó las legiones, en pocos meses dieron muerte a seis príncipes, algunos de ellos dignos de mandar en Roma por sus virtudes y su valor; la guerra civil tomó nuevo incremento; las sediciones militares, cada vez más en auge, impidieron la consolidación del gobierno, y fueron incompatibles hasta con la existencia de un emperador. No parece sino que se acercaban los últimos días del imperio romano, y que los bárbaros que las ciudades albergaban dentro de sus muros, y los soldados en las trincheras de los campos militares, no querían esperar la venida de las naciones del Septentrion, encargadas por Dios de vengar tanta afrenta, tan ignominiosa conducta, tantos y tan variados crímenes.

Pero consideraciones más importantes, porque de más cerca nos tocan, nos obligan a apartar los ojos de estas escenas de horror, causadas por la influencia militar en el imperio romano, y a examinar en artículo separado la parte que las armas han tenido también en la historia moderna de nuestra España, que será el objeto de nuestro segundo artículo.

ANTONIO BENAVIDES.

EL REINO.

MADRID 26 DE JULIO DE 1862.

El general O'Donnell, que a haber sido otros sus actos en el poder, y que con las magnificas ocasiones que ha tenido, pudo rehabilitar su pasado y hacer olvidar el origen a que debió su primera ascension como ministro de la Guerra, en vez de seguir una conducta conducente a este fin, ha desaprovechado cuantas coyunturas su casi apagada estrella le ha ido deparando, y hoy solo mueve á lástima y á compasion. Lastima y compasion que crecen á proporcion que á las convulsiones de su agonía se agrega la disolucion de lo que durante estos últimos cuatro años ha ido allegando y podido ir reteniendo, merced á su sistema de deslumbramiento y satisfaccion de ambiciones ininteligentes, cuyo punto de partida no ha sido sino la desoreencia más lastimosa.

La Providencia, que no deja pasar nunca impunes los atentados que se cometen, parece que ha reservado para las postimerías gubernamentales del general O'Donnell la expiación más terrible de todos aquellos actos desatentados.

El militarismo, germen de los mismos, ha sido á la vez la causa eficiente y determinante de su inevitable ruina y de la caída que en no lejano plazo le aguarda.

El militarismo, que alzándose soberbio y despreciando todas las consideraciones de respeto, obediencia y gratitud, apeló á los medios violentos de la sublevacion y la sedicion; el militarismo, que al invadir este vedado terreno, confesó su impotencia para triunfar en el estadio parlamentario y de lucha legal; el militarismo, que para consolidar su obra tuvo que echarse en brazos de lo que instintivamente odiaba, una vez apoderado del mando, empezó á significar bien claramente que no el deseo del bien público, ni el de plantear útiles y saludables reformas, sino la satisfaccion del amor propio y la sed de poder, eran los móviles que le guiaron al concitar, desenfrenándolas, todas las malas pasiones.

Y todavía el militarismo, en el primer período de su dilatacion bajo los auspicios del general O'Donnell, no pudo desarrollar todo el fuste del injulio que hoy ejerce ya á su placer.

Tenemos, pues, que al general O'Donnell, para escalar el poder, le fué preciso rebelarse y desencadenar la tempestad de la revolucion, cuyo desbordamiento total no se verificó merced á la visible proteccion que la Divina Providencia dispensa á España.

Y tenemos hoy que ese mismo general O'Donnell, rebelde tambien ante el clamor ge-

neral que contra él se levanta, y desoyendo los avisos que los tiempos y las circunstancias le van dando, se aferra más y más, y no teme revolver, estando en el poder, aquella misma revolución que él desató para lograr tan menguado intento.

La posteridad, al consignar en el eterno libro de la historia los actos del general O'Donnell, se mostrará con él tan severa como se ha mostrado con todos los hombres que habiendo podido hacer algo en bien de la patria, solo se han propuesto medrar á su costa, sin reparar en los males que semejante modo de obrar pudiera producir.

Pero ¿qué le importa al general O'Donnell la historia, si todo y más de lo que ella pueda decir se le está diciendo todos los días? ¿Qué mella pueden producir en el corazón seco del duque de Tetuan los aplausos y la aureola de la gloria, cuando el único sentimiento que abriga es el de retener unos instantes más un poder que se le escapa de las manos?

Contémplesse el espectáculo que hoy ofrece la situación simbolizada en la persona del duque de Tetuan, y cuyo séquito son otras cuantas personas que carecen de ideas, de principios, de sistema, y que no representan en cambio otra cosa que la lucha de los intereses encontrados, de las ambiciones contrapuestas, de las aspiraciones malogradas en ese paleoque innoble de perpétua intriga, de constante soñar con un poder del cual tan mal uso se hace, puesto que en lugar de encaminarle á la felicidad de los pueblos, se está asestando contra la poca fé que ya les queda, para acabar con ella y dejar tan agotados todos los corazones del sentimiento de espíritu público como lo está el del general O'Donnell, autor y sostenedor de tal estado de cosas.

No descenderemos por hoy á pormenores que confirmen nuestras anteriores apreciaciones: muchas veces lo hemos hecho, y además son hoy evidentes los ejemplos que podríamos citar.

Solo un consuelo hallamos en medio de la perturbacion moral en que en la actualidad se agita la política española; y es en que ya se divisa el fin de tanto malestar, de tanto error, de tan intensísimo caos.

Los días del militarismo son contados, y el derecho de la fuerza, verdadero agraviado de la razon humana, toca á su término.

Autorizadas opiniones se levantan por do quiera condenando el poder militar, hoy triunfante en nuestro país; y el escritor imparcial, el político y el filósofo, se apresuran á protestar contra la absurda tiranía del sable, poniendo ante la vista de los pueblos las elocuentes lecciones que la historia ofrece, con los hechos lamentables que han ocasionado esos vergonzosos períodos que alguna analogía tienen con la torpe situación en que España se encuentra hace cuatro años.

Reunir los esfuerzos que conspiran á derrocar ese poder, en el terreno legal, llevando el convencimiento al ánimo de todos, es para nosotros un deber sagrado, y que estamos dispuestos á cumplir con ánimo sereno, á través de todo género de sinsabores y de peligros.

Como conducente á tal objeto, comenzamos en el presente número á publicar en la primera plana de EL REINO los notables artículos que con el epígrafe *De la influencia de la fuerza militar en la gobernacion de los imperios* han visto la luz en el acreditado periódico *La América*, y debidos al claro ingenio del Excmo. señor don Antonio Benavides.

La lectura de esos escritos lo recomendamos á nuestros abonados, seguros de que nos han de agradecer la insercion que de ellos hacemos.

Dice muy oportunamente *La Iberia*:

«Triunfante ya la nueva política que va á seguirse acerca de los asuntos de Méjico, congratúlase *La Epoca* ante la idea de una accion comun para que tomen parte en el deslinde de la cuestion mejicana por medios diplomáticos ó por la fuerza.

El enigma se va desafiando, aun para aquellos que se empeñan en ponerse telarañas en los ojos para no ver lo que todos habíamos anunciado y tenemos ya visto.

Hay personas, sin embargo, cuyo loco orgullo les hace creer que no pueden servir de juguete nunca; hay personas que por muy tarde que lleguen al campo de batalla, se hacen la ilusion de que siempre llegarán temprano y podrán vencer; hay personas, en fin, que aun cuando sufran desaires, y en vez de la victoria encuentren la derrota, se consuelan con la esperanza de tomar la revancha en su día, desconociendo sin duda que lo que mata más en política, cuando llegan las ocasiones solemnes, es la irresolucion, es la expectativa, y es, en fin, el quietar y no querer ponerse de un lado ó del otro.

Detrás de esta trascendental diplomacia, ¿qué es lo que viene? El ridículo, y nada más que el ridículo; sépanlo de una vez cuantos tienen ojos y no ven, y teniendo oídos no oyen.

Pero allí se las entienda unos y otros. En cosas de familia, lo mejor es no meterse en nada.

Ciertamente que no necesitan las oposiciones hacer lo más insignificante para que esta situación concluya en medio de la silba general. Ca-

da día que pasa, realiza un nuevo servicio de género especial el duque de Tetuan: nos da á conocer uno de esos personajes de principios y conciencia elástica, de los que conviene siempre á los pueblos huir como de sus más mortales enemigos.

En otro lugar añade nuestro colega las siguientes líneas con que estamos conformes:

*«La Correspondencia*, después de manifestar que el nombramiento del marqués de la Habana para la embajada de París ha conmovido (¡qué horror!) más de lo regular el ánimo de las oposiciones, dice que el nuevo embajador está sincero y lealmente identificado con la política del gobierno. Ahora bien; como el gobierno no ha podido todavía saber cuál era su política en Méjico, gracias á los entapendos talentos diplomáticos del magnífico don Saturnino, que en todas las cuestiones se pierde de vista, he aquí por qué el señor marqués de la Habana marchará á París sin saber á qué atenerse. Sin embargo, eso no importa nada, porque ya sabemos que este gobierno lo aprueba todo, hasta lo más opuesto y contradictorio.

Como su política es puramente personal, lo principal es hacerse temer, y con esto todas las dificultades están vencidas.

¿Pero y el que no gaste chafarote? Que recuerde lo que les ha sucedido á los Sres. Mon y Pacheco.»

A lo que dijo *La España* de que el general D. José de la Concha no iría á París, si era cierto que el emperador de los franceses había contestado que dicho señor seria bien recibido si llevaba instrucciones de declarar la guerra al actual presidente de la república mejicana, contesta *Las Novedades* en estos términos:

«No creemos que el despacho haya venido en términos tan precisos; pero desde luego puede asegurarse que el emperador espera un auxilio eficaz, y esto es precisamente lo que desea el general Concha, y esto es lo que dice *La Epoca* al asegurar que se llegará á una accion comun por medios diplomáticos ó por la fuerza.

Déjese *La España* de frases más ó menos galanas, que ningún valor tienen; déjese de dar importancia á lo de no volver la vista á lo pasado, creyendo que de esta manera se elude el destruir lo hecho por el general Prim.

Este juego de palabras es soberanamente ridículo.

¿Qué importa que se diga que no se volverá la vista á lo pasado, ó lo que es lo mismo, que no se volverá á hablar del reembarque de la expedicion española, si al mismo tiempo se negocia para establecer una accion comun, llegando, si es necesario, á usar de la fuerza, según dice un diario ministerial?

Si llega el caso de valerse de la fuerza, ¿no habrá necesidad de enviar de nuevo tropas á Méjico? Pues si esto es así, ¿qué perder el tiempo disutiendo en ese sentido, si después de todo ha de complacerse al emperador?

¿Y quién tendrá la culpa de esta humillacion? Los que manifestaron su conformidad á todo lo que él exigió despues de firmado el tratado de Londres. Los que le alentaron en su empresa, porque no le contradijeron, dando lugar con esto á que se quejase luego, y con razon, cuando de repente se vió abandonado por el gobierno español. Estas son las consecuencias de las torpezas cometidas y de la falta de energía para oponerse á lo que no se opusieron nuestros ministros oportunamente.

No se manifieste *La España* tan conforme con esa elástica frase de no volver la vista á lo pasado, porque nada significa. Acaso nuestro colega lo reconozca así, pero prefiere darla lugar para no parecer chasquizado en sus esperanzas.

«Somos franco, y demos á cada cual lo que le corresponde. Si el ministerio se propone siempre salir adelante no en sus dificultades políticas, sino en sus diferencias de familia, no es porque sea humanamente posible, sino porque cuenta de antemano con la debilidad de los que han de medir en cualquiera transaccion para cubrir sus torpezas.

«Débil el gobierno, porque ruega á unos y otros sin tener opinion propia, quedando á merced de la opinion que sostenga el general tal ó cual, cuya actitud teme.

«Débil el general Concha, porque no tiene bastante resolucion para decir claramente lo que piensa sostener en París, dejando al tiempo el dar á las negociaciones el giro posible, y exponiéndose con la vaguedad de las instrucciones que lleva á nuevas complicaciones.

«Débil tambien el general Prim, en el caso en que le haya plaza de volver la vista á lo pasado, por las razones que antes exponemos: porque es una frase elástica que no ha de sujetar seguramente al general Concha.

«Ese es el resultado de tantas conferencias y tantas palabras, sin que veamos, despues de todo, más que una cuestion: el deseo de contentar á cuatro generales.

«Militarismo y nada más que militarismo!»

*La Correspondencia* asegura que el marqués de la Habana está sincero y lealmente identificado con la política del gobierno, y la política del gobierno es ni más ni menos que aquella que clara y explícitamente ha expuesto en el seno de las Cortes.

«Esta es la dificultad: que el gobierno no ha tenido más política que ir aprobando todo lo que se hiciera, malo ó bueno.

«Quería Napoleón que contribuyese á crear una monarquía en Méjico?

«Pues no se opuso.

«¿Acordó el general Prim reembarcarse? Dió su aprobacion.

«¿Quiere ahora el gobierno imperial que se le ayude nuevamente? Pues accede á ello.

«Si esto es tener una política fija, venga Dios y véalo. Esa es la peor de las políticas; la que puede producir graves conflictos, y por último resultado, los pueblos son los que los sufren.

«Los doce hombres de corazón están de viaje; Echagüe, para Manila; Messina, para Puerto-

Rico; Serrano, para Madrid; Dulce, para la Habana; Rivero, para Santo Domingo; Concha, para Paris; Izarte, para sus revistas; Zabala, para Inglaterra; Ros de Olano, para la Granja; Prim, para Pantofesa; O'Donnell, menor, de recreo; y O'Donnell, mayor, tiene puestas las botas con que fué á Vicálvaro. ¿A dónde irá ahora?... ¿A dónde?... No lo sabemos, pero está de viaje.

Es poco envidiable el estado de la situación vicarvarista. Todos los partidos la combaten, pero con tenacidad, con verdadero empeño. Todos los partidos comprenden que de seguir esta cosa que pretende llamarse gobierno, la disolución social es el resultado inmediato que nos aguarda.

Ya no hay que pensar en lo que puede venir detrás; cualquiera fórmula será mejor que la negación presente.

Véase lo que á este propósito dice El Pensamiento Español en algunos párrafos de un bien escrito artículo:

«Desplomábase cierto infeliz de una alta torre, y alguno que le oyó mientras que bajaba por los aires, cuenta que decía:—Estoy no va mal, si dura.—Por supuesto, al dar en tierra, se estrelló.

Pues así es la política de dejar pasar, de ver venir; mientras dura, es la cosa más cómoda del mundo; pero se termina siempre en estrellarse. Egrigir en sistema el de no tener ninguno, es una famosa vulgaridad grandemente aplaudida por los empiricos de todo lugar y tiempo; pero repugna iavenciblemente á la naturaleza del hombre, creador inteligente, libre y activo por Dios para que piense y se determine, para que resuelva y obre: no hay remedio: es indeclinable ley del hombre en general, y muy en particular de los gobiernos, sin que ni gobiernos ni hombres hayan dejado hasta hoy de pagar la pena de trasgredirla. Esta pena es proporcionada siempre al delito: el que no usa de su libertad, cae en servidumbre; el que se obstina en no moverse espontáneamente, es arrebatado por ageno impulso.

En resumen: la union liberal deja pasar y ve venir lo que de Portugal venga y á Portugal vaya. La union liberal deja pasar y ve venir á los que quieren que el reino de Italia sea reconocido sin demora, y á los que no quieren que lo sea nunca. La union liberal deja pasar y ve venir á las tropas de Méjico, al general Prim, al general Serrano, al general Concha, á Napoleón III, á los anglo-americanos del Norte y á los anglo-americanos del Sur.

Verdad es que no todo es ocio en la union liberal: La Epoca, ó movida por su patriotismo, ó para ver si mostrándose cruda con los enemigos de Napoleón, lo reduce á buscar término medio entre el general Prim y el general Concha, ha prohibido con gran entusiasmo un artículo de otro periódico sobre que debemos recobrar á Gibraltar del poder de los ingleses que nos lo quitaron mal quitado.

Esto, bueno es: realmente, algo vale el pensar que Gibraltar debe ser nuestro; pero ¡qué diablito acabamos de soltar de las manos á Tetuan, que era nuestro y muy nuestro, y malas lenguas han dicho si de esto han tenido ó no han tenido la culpa allí unas notas inglesas... Si esto no es pura murmuración, parecemos á nosotros que antes de pensar en recobrar á Gibraltar, que está hoy en poder de los ingleses, procediera pensar en volvernos á Tetuan, que ayer, como quien dice, era nuestro, y tan nuestro como que ha servido para la dual titulación del general O'Donnell.»

Así señala un diario las variaciones atmosféricas que hasta el jueves han tenido lugar en el planeta situación:

«Lunes.—Revelto, sobre si había de ir ó no de embajador á Paris el general Concha.

Martes.—Buen tiempo, y viaje de Concha á Paris, sin nubes.

Miércoles.—Nublado, y resolución de que no fuera á Paris el general Concha.

Jueves.—Sol en cáncer nacional, y nuevo acuerdo de que vaya á Paris el general Concha.

Reflexión. No quita lo cortés al valiente.—Por lo tanto, buen viaje, y quedo á los pies de usted, Concha.»

«No vemos razon ninguna para que habiendo establecido todas las naciones el tiro nacional, no se establezca en España, preparándonos así como los demás pueblos se preparan á todas las eventualidades.

Sometemos esta idea á la consideración del gobierno y de todos nuestros colegas.

En cuestiones que puedan afectar á la patria, ministeriales y oposicion todos somos unos, y el gobierno debe ser el primero que apoye y aliente este pensamiento patriótico.»

Las Novedades augura á La España un cruel desengaño en la cuestion Concha-Prim.

Las Novedades cree que el marqués de la Habana no ha cedido, y que por lo tanto ha desaprobado la conducta del marqués de los Castillejos en Méjico.

El miércoles, según había anunciado el telégrafo, á la una y media de la tarde se administró el viático al Emmo. señor cardenal arzobispo de Sevilla. Acompañaban á S. D. M., además de un crecido número de personas notables, la hermandad sacramental del Sagrario, presidida por los señores gobernador civil y regente de la Audiencia, con varias de hermanas mayores; el juzgado eclesiástico tres señores eclesiásticos, llevando el cáliz de oro, el turbante de oro y el libro de las preces; el cabildo eclesiástico y capellanes reales; y por último, bajo pálio que llevaban señores canónicos, y en manos del señor dean, S. D. M., que atravesó

desde la puerta de los Palos á la principal del palacio arzobispal, entre una considerable concurrencia que había acudido, no obstante lo intempestivo de la hora. A la puerta del palacio esperaban el Excmo. señor capitán general, muchas personas distinguidas, y altos funcionarios con cirios encendidos para recibir á su Divina Magstad, como asimismo una compañía de cazadores de Simancas con música y bandera. Hacemos fervientes votos por el pronto restablecimiento de la salud del virtuoso prelado.

El planteamiento de la ley hipotecaria va á producir ya sus naturales y fecundas consecuencias. La sociedad de Crédito territorial de Francia, en union de muchos capitalistas y propietarios de España, entre los cuales se cuentan nombres de nuestra más alta aristocracia, prepara la formación de otra sociedad de crédito territorial en nuestro país con el capital de 50 á 100 millones de francos, destinados á alentar á la agricultura y á la propiedad de todas sus empresas. Es uno de los más grandes beneficios que puede hacerse al país.

Anuncia la prensa ministerial que están terminadas las negociaciones para el tratado de correos entre España y Portugal, y que una carta sencilla de aquí á Lisboa no costará más que seis cuartos. Nos parece mucho; ha debido señalarse el mismo precio que para las de la península.

Mucho tememos que se haya hecho un convenio en que se reflejen ciertas prevenciones infundadas.

NOTICIAS DE MÉJICO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE El Reino.

Méjico 11 de Junio de 1862.

Apenas llegaron á Orizaba las últimas fuerzas reaccionarias que conducían Cobos y Zuloaga (si no es que estos eran conducidos por aquellas), hubo entre dichos jefes y Almonte una acalorada discusión, y reconveniones muy acris de parte del último sobre la neutralidad de las primeras en la época del ataque á Puebla por los franceses. De resultas del altercado, Zuloaga, Cobos y otros dos ó tres de menos nota, salieron por el último paquete inglés, desterrados de la república, y como aquí nadie debe ni puede interesarse por nadie, se les ha visto ir con indiferencia por unos, y con desprecio por otros. Todas las fuerzas reaccionarias, que se gradúan de 6 á 7,000 hombres entre Orizaba y Veracruz, quedan al mapdo de Almonte, Marquez, Taboada, etc.

También partió para Europa en el propio paquete el famoso P. Miranda, enviado por Saligny y Almonte en comision cerca del emperador. Como este nuestro gobierno es hábil para el manejo de la intriga, y no se descuida en la elección de sus instrumentos ni en la oportunidad para hacerlos obrar, antes ó á poco de llegar á Orizaba las tropas francesas que se retiraban de Puebla, colocó en aquella ciudad un círculo de franceses rojos (al frente de ellos M. Leiong, el gran especulador con el antiguo gabinete liberal de Veracruz) y de mejicanos no menos subidos de punto, que sembraban la discordia entre conservadores y franceses, ó entre estos mismos. Ya se empiezan á recoger los frutos de esta diestra política. Saligny y Lorencez, discordes en su modo de considerar estas cuestiones, están mal avenidos y hasta agrios en sus relaciones, y el último no parece dispuesto á tomar ninguna medida ó iniciativa, ni aun á obrar asociado con Almonte y sus tropas, hasta no recibir nuevas instrucciones del emperador.

Partiendo de los mismos equivocados principios que Prim tuvo como axiomas, esto es, de la creencia de que estas clases moderadas ó conservadoras son partidos de accion, de que pueden y deben arrojarse al peligroso terreno de las armas, al solo amparo de 6,000 franceses; de que hay libertad tolerancia siquiera para emitir opiniones, ha decidido el general Lorencez la consecuencia de que no hay en el país partido reaccionario ni simpático, por la intervencion, y da como prueba de ello que en el ataque de Puebla nadie se presentó á auxiliarle, ni aun á decirle que la ciudad estaba defendida por fuerzas superiores á las suyas. Esto es lo que manda á decir al emperador con pliegos que conduce un ayudante.

Almonte y Saligny, por medio del embajador P. Miranda, impugnan el razonamiento de Lorencez, diciendo que, aunque sojuzgada por la fuerza y el terror del asesinato de Robles, toda ó casi toda la gente arraigo y de algun valer está por la intervencion y aguarda de Francia el remedio de sus males, y que la gente armada que había en los alrededores de Puebla, despreciando las interesadas miras de sus jefes, se les ha unido cordialmente despues de la retirada de Puebla, y eso que esta retirada vino despues de un descalabro que atribuyen á torpezza de Lorencez.

En fin, cada cual da sus razones, y no hay que extenderse en ellas cuando unas y otras han sido apuntadas y discutidas en anteriores revistas. Veremos qué opina el emperador y cómo resuelve esta nueva faz de la cuestion, que no deja de empeorarse por coincidir con los sucesos de la república vecina, en donde, aunque acaso más aparente que sólida, parece aproximarse una solución favorable á los del Norte, que tan simpáticos se presentan hácia Méjico.

Mientras tanto, franceses y mejicanos bajaron unidos y con un convoy de carros vacíos á Veracruz, de donde deben haber regresado ya para Orizaba con víveres y municiones, acompañados de Douay y sus escasas tropas; de estas hay muchas de marina; y entre paréntesis, debemos decir que aquí y en Orizaba se las considera muy poco firmes y sólidas para el combate, atribuyéndose mucho del mal suceso de Puebla á los mismos soldados de marina que en aquel lance tomaron parte.

Al bajar los franco-reaccionarios para Veracruz con el referido convoy, opuséloses Liave con no escasa fuerza en el renombrado Chiquihuite; pero este licenciado, cuyo militarismo ha mercado mucho desde el perance de Anton Lizardo, llevó tan soberana zurra, que todo lo perdió; y fué tal el

golpe, y tan claro aparece en su propio parte, que este gobierno le ha quitado todo mando militar, con pretexto de que venga á ocupar su puesto en la corte suprema de justicia. Temis sucede á Marte.

Por efecto del combate del Chiquihuite, ha quedado expedito el camino y comunicacion entre Orizaba y Veracruz; ni creo haya serios obstáculos, pues ninguno puede ocasionar á la marcha de tropas, convoyes y correos, el bárbaro é inútil incendio de los puentes.

Unidas ya las tropas de Gonzalez Ortega á las de Zaragoza, forman un total de 14,000 hombres; y como desde ayer deben estar en las posiciones inmediatas á Orizaba, piensan algunos que pronto tomarán la ofensiva. La verdad es que, bien fortificados los franco-reaccionarios en aquella ciudad, y sobre poco más ó menos equilibradas las fuerzas contendientes; no es fácil ni prudente que ninguna tome la iniciativa; y aunque la escasez de víveres y los demás males de la inaccion sean comunes á ambas fuerzas, creo que pasará tiempo antes de que haya otra cosa que hostilidades de poca entidad.

Desde luego si Lorencez espera refuerzos é instrucciones del emperador, no avanzará, y ménos sí, como aquí dicen, llega su enojo con Almonte y Saligny á no querer servirse como auxiliares de las tropas de aquel, y á no contar para nada con este.

Mas si la sed de gloria que sienten Zaragoza y Ortega los precipita á atacar la ciudad, entiendo que Lorencez no tendrá escrúpulo en aceptar aquellos auxilios, y que un ataque de parte de Méjico solidaria la alianza entre franceses y conservadores, que parece no ser muy estrecha.

Mejía y sus serranos ocupan el camino del interior, y parecen dispuestos á atacar á Querétaro: como esta plaza tiene poca guarnicion, se dice ya que se piensa abandonarla retirando las tropas á Guanajuato para defender esta última capital, que es, sin duda, más importante. Boitron sigue dominando el camino de Méjico á Toluca; y no faltan gavillas de reaccionarios que en varios estados devastan haciendas, interrumpen comunicaciones, y hacen algun perjuicio al gobierno.

Desembarazado ya de Zuloaga, que dicen publicará en la Habana un manifiesto contra la candidatura de Maximiliano, que atropella sus derechos presidenciales, el general Almonte ha formado ya en Orizaba un simulacro de gobierno, nombrando tres subsecretarios para el despacho de los diversos ministerios, y entre varias providencias ha decretado la emision de 500,000 pesos de papel moneda, proyecto disparatado é irrealizable. Tenemos, pues, dos gobiernos; y aunque invertida la posición, nos hallamos como cuando Juárez y Zuloaga reinaban, el uno en Veracruz y el otro en casi todo el resto del país.

La gran dificultad de ambos gobiernos y partidos es, como siempre, la escasez de dinero; los dos ocurren y ocurrirán á los préstamos forzosos, depredaciones y demás medidas violentas en que son tan prácticos estos hombres políticos, que destituidos de honradez, de economía y de ciencia administrativa, por perversidad ó por ignorancia, hacen de la revolucion, como del gobierno, un medio de robar y de arruinar á todo el mundo. Es, pues, cierta la apreciación de una carta inserta en la Patria, que dice que en Méjico no hay partidos políticos, sino que el país se divide en robadores y robados. El primer término lo forman los conservadores militantes y los liberales militantes, ladrones algo más hipócritas aquellos; ladrones mucho más cínicos estos: el segundo término lo constituye la masa pacífica del país, liberal, conservadora ó indiferente, desde el indio que cultiva los campos y el mestizo que trabaja en los talleres, hasta el propietario, el industrial y el comerciante más ó ménos acomodados. Pues si axioma es que en Méjico no hay partidos políticos, lo es más aún que no hay ningun hombre de gobierno, ni elementos propios para establecer un sistema permanente de gobernacion propia. Deben admitirse como infalibles casi todas las objeciones de los monarquistas contra el sistema republicano: pueden aceptarse como indubitables casi todas las de los republicanos contra el sistema monárquico; todos tienen razon en sus argumentos, y es la verdad que el país, prematuramente emancipado, no tiene elementos más que para ser colonia durante muchos años. No puede serlo de la Europa, porque la Europa no sueña con conquistas en América: luego tendrá que serlo de los Estados- Unidos.

La fracasada intervencion, plan tan ridículamente ideado como vergonzosamente manejado por los tres potencias, acelerará y hará infalible este desenlace, único posible y acaso plausible de todas estas miserias, desajuste tal vez providencial á que elegantemente concurren los crímenes de Méjico y los errores de Europa.

Doblado que para las intrigas políticas es de gran talla (y lo ha probado desbaratando la intervencion), parece tener algunas más dotes de gobierno que las nulidades que latente ó ostensiblemente le hacen ya ó le harán guerra implacable; pero en cuanto á dotes administrativas, no demuestra mayor abundancia ni grandeza que los otros, y me temo que si alguna vez ejerce el mando supremo sin estorbos ni superiores, tengamos al cabo que decir de él lo que de cierto emperador romano: *capax imperii nisi imperasset*. El se disculpará con lo grave y angustioso de la situación, y en efecto, hay que convenir en que lo es sobremanera; pero tambien es cierto que en estas circunstancias difícilísimas sobre toda dificultad, es donde los hombres que son grandes en gobierno y administración, ostentan sus genuinas cualidades, y en su gobierno hay faltas de prevision, de cálculo y de economía, que sorprenden, aun en este país: así es que nada se crea, nada se organiza, nada se afirma para el porvenir, y entre las depredaciones de los partidos armados, y bajo la accion del gobierno, todo se aniquila y desaparece, hasta la esperanza.

Uno de los émulos que con mayor persistencia ensazan los adversarios de Doblado, es Gonzalez Ortega, que no sabemos si en la campaña se sometará á las órdenes de Zaragoza, su antiguo lugarteniente. Antes de partir para el teatro de la guerra, fué electo por el Congreso presidente de

la corte suprema, y de hecho vicepresidente de la república; á ello contribuyeron con sus votos todos los diputados amigos de Doblado, y se ve por este hecho que el ministro de Estado teme muy poco á su opositor, ó espera hacerle servir á sus miras: el vencedor de Calpulalpan es efectivamente de oropel, y el otro abate aquilatar su valor. Mejía y sus fuerzas se retiran para la sierra.

En la Bolsa de hoy quedaba el consolidado á 49-30 c., no publicado; á plazo, 49-35 fin próximo firme.

El diferido á 44, publicado. La deuda del personal á 19-25 p., no publicado.

CRÓNICA GENERAL.

Como termina ya el mes de Julio y no se ven preparativos para la grande obra del ensanche de Madrid, hay quien cree que la oferta que hizo el ayuntamiento de emprenderla en Agosto, no vendrá á servir más que para entretener el hambre de casas que devora á los vecinos de la villa que no son propietarios... ni concejales.

En cuanto al ensanche por la parte de la Fuente Castellana, según nuestras noticias, es cosa arreglada, habiéndose indemnizado ya á los propietarios de terrenos.

Respecto al derribo de la inspeccion de milicias, si se ha suspendido, según un diario, momentáneamente, es por no estar concluida la verja con que ha de quedar sustituido.

Para la noche del 28 del corriente se dispone una brillante funcion en los jardines del Tivoli, á beneficio de los pobres de la parroquia de San Ildefonso. La junta de beneficencia de dicha parroquia no omitirá medio para que esta fiesta corresponda dignamente al laudable objeto á que se destina.

Al fin se ha terminado en Génova el colosal grupo sobre el cual se ve la estatua de Cristóbal Colon, natural de aquella ciudad y descubridor de la América española. Es realmente un obelisco verdaderamente bello. Cuando tendrá Madrid una estatua consagrada al que recordará una de las más bellas páginas del reinado de Isabel I?

El día 6 de Agosto próximo se subastará, con motivo del proyectado ensanche, el derribo de la casa calle de Preciados, núm. 39, con vuelta al Postigo de San Martin, núm. 14.

Y la que hace esquina al callejon de Preciados y calle de Capellanes, ¿cuando se derriba? Es la única que falta, y creemos que estando hace semanas completamente desocupada, no habrá causa para su paralización.

Ha sido ejecutado en Valls el 16 un reo llamado Cardoña, el cual fue llorando hasta el suplicio y murió dando señaladas pruebas de arrepentimiento. En cuanto á su familia, se dice que al ver que no le había alcanzado el indulto de Viernes Santo, se aflijo tanto, que desde entonces han muerto la madre y una hermana, y el padre se volvió loco.

SECCION DE PROVINCIAS.

La cuestion del cobro de los portazgos de Triana continúa ocupando á los vecinos de Sevilla, y en vano los periódicos de aquella capital claman diariamente contra la exaccion de tales derechos en lo que se refiere á su vecindario, infracción notoria de lo que prescribe la ley vigente sobre portazgos. El abuso se sigue cometiendo, y el arrendatario se niega á dar explicacion alguna que satisfaga al público.

No pudiendo admitirse más disyuntiva sino la de que la razon está de parte del público ó del arrendatario, ¿cómo es que en el primer caso no se ha corregido el mal, ó que en el segundo no se satisface ámpliamente como lo exigen las consideraciones y el respeto debido á una ciudad tan importante?

Si el arrendatario se cree suficientemente autorizado por la ley, ¿por qué no satisface, aunque no fuera con otro objeto que con el de evitarse las repeticidas y desagradables cuestiones que diariamente sostiene con los que pasan por sus portazgos, así como con el de no hacer recabar sobre su persona toda la odiosidad de un pueblo entero? Y si estas razones, ya que otras de mayor importancia no se toman en consideracion; si estas razones, decimos, por si solas son suficientes para que se diese satisfaccion cumplida, ¿no se consolidará cada vez más y más el convencimiento del público de la existencia de los abusos denunciados, cuando el individuo acusado no se defiende, teniendo para ello los mismos medios que los que le atacan?

Un hecho reciente é increíble ha venido á agriar más y más esta cuestion. Un vecino de Sevilla que iba de paseo en su propio carruaje fué detenido para pedirle el pago de derechos. En vano alegó la exencion completa que concede la ley á los vecinos de Sevilla que salgan á pasearse, y la de una mitad concedida á los traficantes de la misma vecindad; se le exigieron 16 rs., cantidad que solo se aplica á los transeúntes forasteros. Pero hay más: el vecino, resuelto ya á tocar todos los resortes, accedió á entregar la cantidad exigida, con la precisa condicion de que el arrendatario, cumpliendo con lo que está mandado en la nota 14 de los del arancel, le diese un recibo expresando las causas de la exaccion. Pero este, siguiendo el sistema de hacer su gusto, se negó á darle, y el caballero, viendo la imposibilidad de entenderse con aquel hombre, tuvo que renunciar á su paseo, haciendo volver al carruaje.

Tan repetidos son estos hechos, que sabemos de varias personas que tratan de formular sus quejas á la autoridad, habiéndolo verificado ya un número bastante crecido de dueños de carros que, como es justo, reclaman la exencion de la mitad de los derechos de portazgos que por la nota ya citada del arancel se concede á los vecinos de Sevilla por la distancia á que de ella se hallan sus portazgos; derechos que aun, en el caso de ir de vacio toda clase de carruajes ó caballerías, queda reducido á otra segunda mitad, según la nota octava del mismo arancel, ó sea la cuarta parte del total de aquellos.

Parece tambien que varios dueños de coches y demás carruajes de alquiler que con tanta frecuencia pasan por aquellos portazgos, están formulando la instancia respectiva sobre el mismo asunto.

Sin detenernos mucho por ahora en reflexionar acerca de la irregularidad inconcebible en la sjeza que debía tener aquel arrendatario para co-

brar ó no á los vecinos que en sus carruajes ó caballerías pasan de recreo por aquellos portazgos, toda vez que unas veces nada se ha pedido, que otras se han cobrado 8 rs. á los carruajes, y que ahora se exigen 16 en igualdad de condiciones respecto á su clase, llantas de sus ruedas y tiros de caballerías, réstanos decir que la pena que le está señalada á todo arrendatario que exija mayor cantidad de la designada por el arancel, es la de reintegrar la diferencia é incurrir en la de una multa de 100 á 500 rs. por la primera vez; y por la segunda, la de ser rescindido el contrato, con pérdida total de la fianza.

Otro punto nos queda aún que tratar de mucha importancia. Sabemos tambien de un modo positivo que cuando en la próxima pasada primavera visitó el señor ministro de Fomento algunas poblaciones de Andalucía, al pasar por la ciudad de Jerez fué impuesto por aquel ayuntamiento de que á sus vecinos se les cobraba el portazgo cuando en carruajes pasaban por él á recrearse; por lo que, haciéndose cargo el señor ministro del justo deseo de aquella poblacion, al regresar á la corte dispuso inmediatamente que los vecinos de Jerez no pagasen los derechos de portazgos en el caso expresado, pudiendo hoy, como lo verifican, extender su paseo sin aquella molestia.

Creemos que Sevilla se halla en un caso idéntico al de Jerez, y por consiguiente, que no debe hacerse esperar la disposicion en virtud de la cual su vecindario quede exento de un pago cuya exaccion es á todas luces injusto, y abiertamente contrario á lo que la ley prescribe de un modo terminante.

Hacemos nuestras las siguientes indicaciones que encontramos en un diario malagueño:

«Vemos con frecuencia que se destinan grandes cantidades por cuenta del presupuesto extraordinario para la reparacion de templos, habiéndose facilitado ya recursos para terminar en varias ciudades obras de alguna importancia; á Málaga, como de costumbre, no le ha tocado ni un real ahora en la distribucion, y verdaderamente causa lastima el ver que tenemos una catedral de las mejores de España, si bien le falta terminar una de las torres y algunas otras obras de ménos importancia. Sería de desear se tratase de obtener del gobierno algunas sumas con el objeto que indicamos, ya que creemos tener á ello tanto derecho como las demás capitales favorecidas hasta el día.»

—El domingo último llegó á Avila la primera locomotora del ferro-carril del Norte, con gran entusiasmo de la poblacion, que salió casi en masa á presenciar el espectáculo. El ayuntamiento, para solemnizar aquel acontecimiento, dió un refresco, á que asistieron el gobernador y otras personas notables, pronunciándose brindis en honor de S. M., de la provincia, y de los trabajadores de las líneas.

—Dicen de Barcelona con fecha 22:

«Ayer en la granja-escuela se hizo una nueva prueba de la trilladora Pinet, á la que se habia unido una aventadora del mismo autor, que con asombrosa rapidez separaba el grano dejándole completamente limpio. Cuantos labradores del llano de esta capital contemplaban el aparato, estuvieron contestes en la fabulosa economía de tiempo y brazos que proporcionan las citadas máquinas, las cuales además tienen la ventaja de poder verificar las respectivas operaciones el día que bien parezca al agricultor, sin atender á las condiciones atmosféricas. Entre las personas distinguidas que allí se encontraban reunidas, estaban el señor alcalde corregidor de esta capital y el ilustrísimo señor obispo preconizado de Lérida, quien se enteró minuciosamente del aparato, lo propio que el señor vicario general, á quienes el señor Llanós, director del establecimiento, obsequió con un sencillo refresco. Entre las plantas de aclimatacion hay en la granja un *encarpinus* de Nueva-Zelandia, pequenísimo todavía, único en España, según se nos ha dicho, que al cabo de pocos años llega á tener 400 palmos de elevacion.»

—Escriben de Búrgos:

«Hace bastantes dias fué robada la iglesia de Santa María del Campo, sin que nadie diese parte á las autoridades del robo, y habiendo llegado extrajudicialmente á noticia del sargento primero de la Guardia civil del puesto de Villahoz, D. Valentin Barrios Delgado, tomó tan acertadas disposiciones, que pasando á dicho pueblo acompañado de otros tres guardias el día 17 del actual, pudo averiguar quienes fueron los autores de tan feroz crimen, dando por resultado ser los sacristanes de la misma, Simon Tamayo y Gregorio Tamayo, acompañados de Mariano Cantero, vecino de dicho pueblo, á los cuales pusieron á disposicion del juez de primera instancia de Lerma con los efectos robados.»

Quédanse ya en diferentes partidos de la provincia de Búrgos y demás castellanas, de que se advierten síntomas cada vez mayores que indican la presencia del óidium en los viñedos.

La cosecha de cebada es muy abundante, y buena la de trigo por regla general.

En cuanto á frutas, el año no puede ser peor.»

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE MAÑANA. San Pantaleon, mártir. FUNCIONES DE IGLESIA. Cuarenta horas en la do Comendadoras de Santiago, donde por la mañana habrá misa mayor y sermón por el predicador don Martín Garcia; por la tarde se cantaran completas y se hará la reserva.

En las parroquias habrá misa mayor, y en Monserrat se hará funcion á Jesus Sacramento, predicando en la misa mayor D. José Sevilla; por la tarde habrá procesion de visita de altares.

En San Cayetano se celebrará una solemne funcion en honor y gloria de los mártires del Japon, á expensas de los religiosos franciscos descalzos; pronunciará el panegirico D. Basilio Sanchez-Grandes; por la tarde completas y reserva.

Termina la novena de los gloriosos padres de Nuestra Señora, San Joaquin y Santa Ana; por unirá el panegirico D. Juan Abalos; por la tarde, despues de los ejercicios, procesion de visita de altares.

SECCION COMERCIAL.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion del día 24 de Julio de 1862.

FONDOS PÚBLICOS. Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 49 30 c.; á plazo, 49-40 fin próx. firme. Idem diferido, publicado, 44. Deuda del personal, no publicado, 19-30. Acciones de carreteras.—Emision de 1.º de Abril de 1850, de 4,000 rs., 6 por 100 anual, no publicado, 96. Idem de 2,000 rs., no publicado, 98-50.

Idem de 1.º de Junio de 1851, de 2,000 rs., no publicado, 95.
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 2,000 rs., no publicado, par.
Idem de 1.º de Julio de 1856, de 2,000 rs., no publicado, 94-85 p.

Sorteo de anteayer 24 de Julio de 1862. Premio de 75,000 pesos, 14,583.

LOTERIA MODERNA.

Relacion de los 902 números premiados. Premio de 25,000 pesos, 16,217.

Table with multiple columns listing lottery numbers (Núms. Prems.) and their corresponding prizes. Includes sections for 'Centena', 'Nueve mil', 'Ocho mil', 'Seis mil', 'Cinco mil', 'Cuatro mil', 'Tres mil', 'Dos mil', and 'Mil'.

ESPECTACULOS

Cinco de PRICE. A las ocho y media de la noche tendrá lugar una escogida y variada funcion...

Elisio MARRILEJO. Gran jardin de recreo en el paseo de Recoletos. Mañana domingo, a las siete de la tarde...

El ARTEL. Paseo de la Castellana. Mañana domingo, a las cuatro de la tarde, baile campestre.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION. MADRID: Oficinas de este periódico, calle de Preciados, núm. 57, piso bajo...

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION. ULTRAMAR: Santiago de Cuba, D. Juan Langier. Manila, D. Manuel Ramirez. Gran Canaria, D. Amador Martinez...

Table with columns for 'MADRID', 'PROVINCIAS', 'ULTRA-MAR', and 'EX-TRAN-JERO'. Rows show subscription rates for different durations (12, 14, 15, 30, 60 days).

El siguiente sorteo se ha de verificar el dia 9 de Agosto de 1862, siendo el número de billetes que á él corresponden el de 52,000, á 200 rs. vn., divididos en décimos á 20 rs. cada uno. Los seis premios mayores serán: el 1.º de 50,000 pesos fuertes, el 2.º de 20,000, el 3.º de 10,000, el 4.º de 8,000, el 5.º de 5,000 y el 6.º de 3,000.

EL PORVENIR DE LAS FAMILIAS. SOCIEDAD DE SEGUROS MUTUOS SOBRE LA VIDA

CONSEJO DE VIGILANCIA. Excmo. Sr. Duque de Abrantes, grande de España y senador. Excmo. Sr. Conde de Isla Fernandez, senador. Sr. D. Francisco de Paula Lobo, abogado.

VAPORES CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA. SERVICIO DE GRAN VELOCIDAD.

En combinacion con los Ferro-carriles DE MADRID Y PARIS. Salidas de Alicante. Para MALAGA Y CADIZ. Todos los sábados á las once de la mañana.

VENTA DE DOS CASAS.

A voluntad de su dueño y en subasta pública estrajudicial que se celebrará ante el escribano D. José Cuervo Brea, que habita calle Mayor núm. 111 duplicado, cuarto entresuelo...

SARTENES Y BALAUSTRÉS.

D. Francisco de Sagastizabal, vecino y del comercio de Durango, en sus acreditadas fábricas de hierro, elabora sartenes y balaustrés de todas clases...

GRAN REBAJA

y género superior.—Cien cartones, cien sobros, la-cere, plumas, obisps, polvos, tinta, lapicero, portaplumas y una falisita: antes 15 rs., ahora por 12 rs. Se regalan unos gemelos. Plazuela de Matute, número 4, almacén de papel de Carretero.

CIRCULAR AL PUBLICO Y AL COM-ERCIO.

Desde hace diez y seis años me hallo dedicado á la fabricacion y espedicion de los verdaderos polvos dentíficos de QUIROGA, con universal aceptación no solo en España, sino en casi toda Europa...

Para hacer la competencia á un género tan estimado, no basta imitar los géneros en aparición, porque el público que hace diez y seis años que los usa, sabe apreciar y distinguir lo bueno. Qué confianza de sus géneros tendrán los fabricantes que los lanzan anónimos sin dar al público la garantía de su domicilio? Esta prueba es la mayor garantía que yo ofrezco...

Yo espero que no se dudará en abrazar un objeto de comercio que dará una utilidad positiva, que no sufre alteracion aunque esté infinito años en el escaparate. La correspondencia se dirige á D. Vicente Reton, Madrid. Depósitos por mayor y menor en provincias: Sevilla, D. Manuel Arzopégar, Sierras, 88. Valladolid, D. Miguel de Sola, Santicó, 31. Barcelona, D. Antonio Torres, Rambla 33.

SERVICIOS MARITIMOS de las mensagerias imperiales. VIAJE DE MADRID A PARIS EN 65 HORAS. VAPORES-POSTAS FRANCESES. REBAJA DE 25 POR 100 EN LOS PRECIOS DE PASAJE.

Manufacturas de objetos de plata fina, plaqué y plata Ruolz de BALAINE HIJO. rue Faubourg du Temple, 97, y place de la Bourse, 51, en Paris.